



# Asamblea General

Sexagésimo primer período de sesiones

**89<sup>a</sup>** sesión plenaria

Lunes 26 de marzo de 2007, a las 10.00 horas  
Nueva York

*Documentos Oficiales*

*Presidenta:* Sra. Al-Khalifa ..... (Bahrein)

*En ausencia de la Presidenta, el Sr. Chidyausiku (Zimbabwe), Vicepresidente, ocupa la Presidencia.*

*Se abre la sesión a las 10.30 horas.*

## **Tema 155 del programa (continuación)**

### **Celebración del bicentenario de la abolición de la trata transatlántica de esclavos**

**El Presidente interino (habla en inglés):** Esta mañana la Asamblea General celebrará una sesión conmemorativa extraordinaria dedicada al bicentenario de la abolición de la trata transatlántica de esclavos, de conformidad con su resolución 61/19, de 28 de noviembre de 2006.

Antes de comenzar, quisiera invitar a los miembros de la Asamblea a que se pongan de pie y guarden un minuto de silencio en memoria de las víctimas de la trata transatlántica de esclavos.

*Los miembros de la Asamblea guardan un minuto de silencio.*

**El Presidente interino (habla en inglés):** Tengo el honor de formular la siguiente declaración en nombre de la Presidenta de la Asamblea General en su sexagésimo primer período de sesiones. La Presidenta lamenta profundamente no haber podido asistir personalmente a la celebración de este importante acontecimiento, ya que se encuentra realizando una visita oficial al Oriente Medio.

“La trata transatlántica de esclavos es una de las empresas más inhumanas de la historia. Comenzó en el siglo XV cuando los reinos europeos se expandieron hasta África. Es un hecho histórico deplorable que la trata de esclavos fuera el resultado de la expansión colonial, las economías capitalistas emergentes y la demanda insaciable de materias primas, utilizando el racismo y la discriminación como excusas para legitimar la trata.

Poderosos empresarios, diplomáticos, líderes religiosos, políticos de alto rango, abogados y mercaderes se encontraban entre los propietarios de esclavos de plantaciones en el siglo XVIII, antes de que se ilegalizara la trata. Se amasaron fortunas y florecieron las instituciones financieras a costa de los esclavos. El capital que se obtenía de la trata de esclavos se reinvertía en las industrias tabaqueras y azucareras, o bien en arte, propiedades y tierras. Los ricos se convirtieron en personajes influyentes gracias a sus inversiones, y la esclavitud de convirtió en una práctica aceptada de la economía política de la época.

La demanda de mano de obra africana aumentó a medida que crecían las colonias. El traslado forzoso de millones de personas a causa de la trata transatlántica de esclavos tuvo grandes consecuencias en África. El continente se empobrecía a la vez que contribuía al desarrollo

La presente acta contiene la versión literal de los discursos pronunciados en español y de la interpretación de los demás discursos. Las correcciones deben referirse solamente a los discursos originales y se enviarán firmadas por un miembro de la delegación interesada e incorporadas en un ejemplar del acta, al Jefe del Servicio de Actas Literales, oficina C-154A. Dichas correcciones se publicarán después de finalizar el período de sesiones en un documento separado.



del capitalismo y a la riqueza en Europa y en otras partes del mundo. Comerciantes africanos tales como Antera Duke y poderosos líderes tribales también esclavizaban africanos y los vendían a los mercaderes. Algunos dirigentes africanos se resistieron a la devastación —sobre todo el Rey Alfonso de Kongo, en el siglo XVI, la Reina Njingha Mbandi de Ndongo, en el siglo XVII, y el Rey Agaja Trudo de Dahomey, en el siglo XVIII.

El 25 de marzo de 2007 se celebra el bicentenario de la aprobación de una ley parlamentaria en virtud de la cual se abolía la trata de esclavos en el entonces Imperio Británico. Ese acontecimiento señaló el principio del fin de la trata transatlántica de seres humanos. Sin embargo, hasta 1833 no se aprobaría finalmente la ley que emancipaba a los esclavos británicos. Resulta difícil creer que lo que ahora se considera un crimen de lesa humanidad fuera legal en aquella época.

El bicentenario nos brinda a todos la oportunidad de expresar lo profundamente lamentable que fue la trata de esclavos y de recordar a los millones de personas que sufrieron. También nos brinda la oportunidad de rendir homenaje a la valentía y la convicción moral de todos los que hicieron campaña para su abolición. Algunas de esas personas eran esclavos y ex esclavos como Olaudah Equiano, líderes religiosos y estadistas como William Wilberforce, Thomas Clarkson y Granville Sharp y un sinnúmero de ciudadanos comunes que presionaron para que se produjera el cambio. Más adelante, en Francia, Victor Schoelcher llevó a cabo una intensa campaña que contribuyó al decreto francés por el que se abolió la esclavitud el 27 de abril de 1848.

Al reflexionar sobre el pasado, también debemos reconocer la indescriptible crueldad que existe en la actualidad. La esclavitud adopta muchas formas en todo el mundo, como el trabajo en régimen de servidumbre, el reclutamiento forzoso de niños soldados, la trata de personas y el comercio sexual ilícito. El primer artículo de la Declaración Universal de Derechos Humanos de las Naciones Unidas nos recuerda que todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y derechos. La conmemoración de hoy del

bicentenario de la ley de abolición de la trata transatlántica de esclavos también debe alentarnos a todos a obrar de acuerdo con la Declaración Universal de Derechos Humanos y a redoblar nuestros esfuerzos por poner fin al tráfico de seres humanos y a todas las formas modernas de esclavitud.”

Doy ahora la palabra a la Excma. Sra. Asha-Rose Migiro, Vicesecretaria General.

**La Vicesecretaria General** (*habla en inglés*): Me reconforta estar esta mañana en la Asamblea General para conmemorar la abolición de la trata transatlántica de esclavos hace 200 años. Permítaseme dar las gracias a la Asamblea por haber hecho posible esta conmemoración, y en particular al grupo de representantes permanentes de la Comunidad del Caribe ante las Naciones Unidas.

En las Naciones Unidas no debemos olvidar nunca la historia del fin de la trata transatlántica de esclavos. Nuestra Carta habla acerca de los derechos humanos fundamentales y de la dignidad y el valor inherentes del ser humano. La Declaración Universal de Derechos Humanos establece que nadie estará sometido a esclavitud ni a servidumbre.

Durante siglos la trata transatlántica de esclavos fue causa de una deshumanización atroz. Millones de personas perecieron como consecuencia de la larga marcha en África, la travesía del Atlántico y las condiciones al otro lado. Millones de personas fueron brutalmente explotadas en las Américas. Su trabajo ayudó a construir sociedades prósperas en las que no tenían derechos, ni voz ni voto.

Sin embargo, si la esclavitud fue la personificación de la forma más cruel de inhumanidad, muchos la rechazaron y lucharon contra ella. Los esclavos se alzaron contra su subyugación. Surgieron los movimientos abolicionistas. La emancipación de los esclavos supuso un triunfo para toda la humanidad, ya que hablaba de la igualdad del valor inherente de los seres humanos en todo el mundo.

Al conmemorar hoy el bicentenario de la abolición de la trata transatlántica de esclavos, celebramos el hecho de que todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y derechos. No obstante, en todo el mundo millones de personas aún se ven privadas de sus derechos humanos y libertades más fundamentales. No debe haber cabida para la trata, el trabajo forzado ni la

explotación sexual en el siglo XXI. En tiempos de conflicto armado no debe haber cabida para las violaciones en masa ni otros crímenes de guerra perpetrados contra las personas más vulnerables. No debería obligarse a los niños a ser soldados ni a trabajar en prostíbulos, ni deberían ser vendidos por sus familias. El hecho de que esas atrocidades se den hoy en el mundo debería avergonzarnos.

Por lo tanto, no nos limitemos a contemplar un período trágico de la historia de la humanidad; abramos los ojos ante los crímenes de lesa humanidad que hoy se cometen en las sombras que nos rodean y trabajemos a fin de evitar que se repitan en el futuro. Insto a los Estados Miembros a que tomen medidas mediante la aprobación y la aplicación de instrumentos internacionales pertinentes, tales como el Protocolo para prevenir, reprimir y sancionar la trata de personas, especialmente mujeres y niños.

Asimismo, insto a los Estados Miembros a que se sumen a la Iniciativa Global para Combatir la Trata de Personas, que ha puesto en marcha hoy en Londres la Oficina de las Naciones Unidas contra la Droga y el Delito. La Iniciativa reúne a un amplio grupo de asociados que incluye a gobiernos, el sistema de las Naciones Unidas, la sociedad civil, el sector privado y los medios de comunicación con miras a generar la voluntad política, los recursos y la sensibilización mundial necesarios para luchar contra el flagelo del tráfico.

La adopción de medidas no sólo es nuestra obligación jurídica —es nuestro deber moral. Se lo debemos a aquellos a los que hoy rendimos homenaje. Hace 200 años hombres y mujeres valientes se levantaron a favor de la libertad en todo el mundo. Hoy debemos hacer lo mismo. Hemos de actuar de consuno a fin de detener los crímenes que privan a innumerables víctimas de su libertad, su dignidad y sus derechos humanos. Debemos luchar contra la impunidad mediante compromisos inquebrantables. Debemos movilizar la voluntad política mediante la presión nacional e internacional. Debemos llevar a cabo un examen incesante y permanente.

Señoras y señores: Les agradezco su contribución a esta causa mundial.

**El Presidente interino** (*habla en inglés*): A continuación, la Asamblea escuchará una declaración a cargo del Primer Ministro y Ministro de Finanzas, Desarrollo Sostenible, Información y Tecnología,

Turismo, Cultura y Deportes de Saint Kitts y Nevis, Excmo. Sr. Denzil Douglas, quien hablará en nombre de la Comunidad del Caribe.

**Sr. Douglas** (Saint Kitts y Nevis) (*habla en inglés*): Me invade una mezcla de humildad y orgullo al presentarme aquí en nombre de la federación de Saint Kitts y Nevis y los demás Estados miembros de la Comunidad del Caribe (CARICOM) para dirigirme a este órgano en esta feliz ocasión que tiene lugar en su sexagésimo primer aniversario. Sin lugar a dudas, esta fecha representa un hito de históricas proporciones en la evolución de nuestra región caribeña.

Para los que procedemos del Caribe, África, Latinoamérica y los Estados Unidos de América, la abolición de la trata transatlántica de esclavos hace 200 años marcó el final de la práctica brutal y horrenda del tráfico legal de seres humanos. Millones de personas perecieron durante la trata y millones más se vieron sometidos a vidas de desesperanza, brutalidad, violaciones y humillación. Esa práctica atroz unió de forma indisoluble a los continentes de África, América del Norte, América del Sur y Europa. De una forma u otra, tuvo un efecto global en países y pueblos de todo el mundo.

Esa práctica inhumana no se dio solamente en la región de la CARICOM, donde fue, en última instancia, abolida. Cuba, la República Dominicana, el Brasil, Venezuela, toda la región de Latinoamérica, los Estados Unidos de América, Mauricio y Seychelles —todos estamos vinculados a África a través de la trata de esclavos y su abolición.

La trata transatlántica de esclavos sólo dio pie al crecimiento económico de algunos países. Unida a la esclavitud, acrecentó y fue el prelude de la noción de racismo en los países afectados por la esclavitud y la trata. La trata de esclavos fue mucho más que una práctica económica. Violó las normas morales básicas de la interacción humana.

Hoy en la Comunidad del Caribe los recuerdos de la trata de esclavos se encuentran en el meollo mismo de nuestras sociedades. Muchos de nosotros somos descendientes de aquellas desafortunadas personas que sobrevivieron la travesía del Atlántico. Fue un crimen de lesa humanidad contra nuestros antepasados y una violación de sus derechos humanos. Estamos firmemente convencidos de que no debe olvidarse su sufrimiento, y, de hecho, nos alienta el apoyo tan firme mostrado por la comunidad internacional durante la

aprobación por unanimidad de la resolución 61/19 de la Asamblea General en noviembre pasado, así como la celebración de hoy.

Por lo tanto, es digno de encomio el hecho de que los dirigentes de algunas de las antiguas Potencias coloniales hayan lamentado profundamente en varias ocasiones el papel desempeñado por sus países en la infame trata de esclavos. Mi deseo ferviente es que los dirigentes de otros países que apoyaron esa actividad inhumana y se beneficiaron de ella formulen declaraciones similares. No obstante, es fundamental que los dirigentes de esos países presenten una disculpa completa e inequívoca a los descendientes de los esclavos africanos que fueron llevados al Caribe y las Américas.

No cabe duda de que esos países se desarrollaron con la sangre, el sudor y las lágrimas de nuestros antepasados esclavizados, y es correcto, además de decente, ofrecer excusas y pedir disculpas en desagravio por el apoyo jurídico y económico que se dió a la trata de esclavos y la esclavitud, así como a las atrocidades que entonces eran habituales. Los países que participaron en la trata de esclavos y en la esclavitud tienen la obligación moral de resarcir el daño que causaron esos crímenes de lesa humanidad.

Se ha dicho que ningún país que haya participado en la trata de esclavos y en la esclavitud puede justificar su apoyo a los derechos humanos sin ofrecer primero una disculpa oficial y un desagravio a modo de reparación. Además, se considera que los descendientes de los esclavos sólo podrán perdonar y seguir adelante en el mundo bajo dichas circunstancias. A juicio de los pueblos del Caribe, descendientes de los esclavos, esas dos cuestiones seguirán siendo fundamentales para nosotros debido a la falta de dignidad, al sufrimiento y a los legados estremecedores que vivimos como resultado de la trata de esclavos y la esclavitud.

Tras la abolición de la trata transatlántica de esclavos se dieron una serie de cambios en la región del Caribe. Tras la abolición de la esclavitud, 27 años más tarde ya no había un suministro constante de mano de obra africana, lo que dio pie a una nueva forma de migración a la región, el trabajo mediante contratos de servidumbre. La región pasó a convertirse en la sociedad diversificada que es hoy, cuyos ciudadanos son descendientes de africanos, europeos, indios, asiáticos y árabes.

A medida que las sociedades de la región del Caribe fueron evolucionando tras decenios de migración, descolonización y desarrollo, la región siguió siendo consciente de que muchos de los estereotipos, las concepciones erróneas y los prejuicios de la actualidad son vestigios de la trata transatlántica de esclavos y de la esclavitud.

Al celebrar hoy este bicentenario, debemos mantenernos firmes en nuestros esfuerzos encaminados a erradicar plenamente los flagelos que siguen asolando a nuestro mundo. Me refiero a los flagelos de las violaciones de los derechos humanos, el racismo, la trata de personas y el subdesarrollo.

Del mismo modo en que estamos vinculados a la trata de esclavos y su abolición, ahora todos debemos trabajar unidos para resolver esos problemas y superarlos. Todos debemos recordar nuestros vínculos y trabajar de forma mancomunada para corregir los males que nos dejó ese pasado, así como los numerosos males propios de la actualidad.

No olvidemos los sacrificios que hicieron los que lucharon valientemente por la abolición del tráfico transatlántico de esclavos. Varios factores contribuyeron a que surgiera el movimiento y a la abolición definitiva del tráfico transatlántico de esclavos y, por supuesto, al fin de la esclavitud: la exitosa revolución de Haití de 1804; las incontables sublevaciones de esclavos, incluidos los cimarrones; la intervención humanitaria de William Wilberforce y otros; los cambios de actitud de las poblaciones en su conjunto.

La Comunidad del Caribe está comprometida a garantizar que un monumento permanente que honre a todos los que perecieron bajo la esclavitud ocupe un lugar prominente en el edificio de las Naciones Unidas como recordatorio de la tragedia y reconocimiento del legado de la esclavitud.

Para la realización de ese proyecto hemos establecido un fondo de la CARICOM y estamos profundamente agradecidos al Gobierno del Estado de Qatar por haber sido el primero en hacer una contribución a ese fondo. Damos las gracias también a nuestros otros amigos de las Naciones Unidas que han declarado su intención de apoyarnos en ese sentido. Aprovecho esta oportunidad para invitar a otros Miembros del sistema de las Naciones Unidas a sumarse a nosotros, los países de la región del Caribe. La Comunidad del Caribe está convencida de que un monumento conmemorativo permanente en las

Naciones Unidas contribuirá a garantizar que las futuras generaciones siempre recuerden la historia de la esclavitud y las lecciones que nos enseña.

En conclusión, aprovecho esta oportunidad para hacer una mención especial del valioso apoyo que hemos recibido de nuestros numerosos amigos de todo el mundo. En particular, deseo dar las gracias a las Naciones Unidas; al Schomburg Centre for Research in Black Culture, aquí en Nueva York; y a la UNESCO por su pleno apoyo y por la preparación de la exposición titulada “Lest We Forget”, inaugurada el 1º de marzo en las Naciones Unidas. Aunque hemos recorrido un largo camino, aún queda mucho por hacer para superar los efectos perdurables de ese crimen de lesa humanidad.

Creo que esto es posible. De hecho, confío en que, con el mismo fervor demostrado hace más de 200 años, y con la misma dedicación de la que somos testigos esta mañana, podremos guiar la nave de la compasión; superar las tormentas de la discriminación, los prejuicios, la intolerancia y la indiferencia y, finalmente, navegar hacia un futuro brillante promoviendo y protegiendo los derechos y la dignidad humana de todos.

**El Presidente interino** (*habla en inglés*): Tiene la palabra el representante de Sudáfrica, quien hablará en nombre del Grupo de los Estados de África.

**Sr. Kumalo** (Sudáfrica) (*habla en inglés*): La esclavitud tuvo que ver con la venta y la subyugación de africanos, pero sus repercusiones afectaron a todo el continente africano. Aún hoy se dice que las aguas del Océano Atlántico siguen estando oscuras y turbias por la sangre de los africanos raptados a lo largo de toda la costa occidental, hasta la ventosa costa de Namibia, en el sur, y hasta las secas orillas del desierto del Sáhara. Cada vez que los esclavos se rebelaban, se enfermaban o de alguna manera desobedecían a sus captores, eran arrojados en el frío Océano Atlántico.

Doscientos años más tarde, África aún convalece de las heridas de la esclavitud. Es un hecho indiscutible que los traficantes de esclavos despojaron a nuestro continente de sus mejores pobladores. Sin embargo, lo que es aún peor, los poderosos defensores de la trata de esclavos regresaron para desatar sobre los que habían quedado atrás un tipo de opresión inédita, animada por la codicia y el expansionismo, que se manifestó como un sistema colonial que dejó a África empobrecida durante siglos.

En su resolución sobre la celebración del bicentenario de la abolición de la trata transatlántica de esclavos, la Asamblea General recuerda que la trata de esclavos y el legado de la esclavitud están en el meollo de las profundas desigualdades sociales y económicas, el odio, la intolerancia, el racismo y los prejuicios que siguen afectando de manera directa o psicológica a los descendientes de africanos en todas partes del mundo.

En la histórica Conferencia Mundial contra el Racismo, la Discriminación Racial, la Xenofobia y las Formas Conexas de Intolerancia, celebrada en Durban (Sudáfrica), en 2001, los Estados Miembros reconocieron que

“la esclavitud y la trata de esclavos, especialmente la trata transatlántica de esclavos, constituyen, y siempre deberían haber constituido, un crimen de lesa humanidad y son una de las principales fuentes y manifestaciones de racismo, discriminación racial, xenofobia y formas conexas de intolerancia, y que los africanos y afrodescendientes, los asiáticos y las personas de origen asiático y los pueblos indígenas fueron víctimas de esos actos y continúan siéndolo de sus consecuencias.” (A/CONF.189/12, párr. 13).

Ahora que el mundo ha llegado a la mitad del proceso encaminado a la consecución de los objetivos de desarrollo del Milenio, fijados para 2015, ha quedado claro que África quizás sea el único continente a la zaga en el ámbito de la erradicación de la pobreza extrema. La Ronda de Doha para el Desarrollo de la Organización Mundial del Comercio (OMC), que podría posiblemente dar lugar a la flexibilización del acceso al mercado para el comercio africano, se ve obstaculizada por algunos países cuyas riquezas se obtuvieron de las ganancias de la esclavitud y de los beneficios del colonialismo africano. Según las estadísticas, una vaca en Europa recibe un subsidio mucho mayor del que recibe un niño africano en concepto de asistencia para el desarrollo. Muchos países desarrollados siguen incumpliendo los compromisos mundiales de erradicar la pobreza, incluido el objetivo de asignar el 0,7% de su producto nacional bruto a la asistencia para el desarrollo.

Al conmemorar el fin de la trata transatlántica de esclavos y honrar la memoria de los que murieron en la travesía del Atlántico o en la resistencia y la sublevación contra la esclavitud, nuestra decisión de valorar la vida humana, independientemente del color

de piel, el género o el credo, sigue siendo inquebrantable. Valoramos la vida humana, ya sea de los descendientes de esclavos o de los ex dueños de esclavos.

Quizás nadie captó mejor este espíritu que la poetisa estadounidense de renombre internacional Phillis Wheatley, quien vivió de 1753 a 1784. De hecho, la Srta. Wheatley, que nació en el Senegal, en el África occidental, fue capturada y vendida como esclava a la edad de 7 años, al igual que muchos otros niños que fueron víctimas de la trata de esclavos y aún no han sido reconocidos por la historia. En 1760 la Srta. Wheatley fue vendida en Boston (Massachusetts) a la familia Wheatley, que le dio su nombre. Como parte del hogar de los Wheatley, Phillis recibió de sus dueños una extensa educación que se impartía en la casa, incluidos estudios de latín, griego y bíblicos. Escribió su primer poema a la edad de 13 años. Su especialidad era escribir poemas que celebraban la vida de sus dueños y de sus acaudalados amigos que pertenecían a la alta sociedad de Boston de entonces. En 1770, alcanzó gran prominencia y fama cuando escribió un homenaje poético al afamado calvinista George Whitefield. Muchos dudaban de que una persona tan joven, sobre todo una esclava africana, pudiera haberlo escrito ella sola. Por ello, se organizó un grupo de personas ilustradas de Boston, dirigido por John Hancock —cuya firma seis años después en la Declaración de Independencia de los Estados Unidos lo distinguiría para siempre— para verificar si en realidad Phillis lo había escrito. John Hancock y sus ilustrados colegas confirmaron que, de hecho, una muchacha esclava del Senegal había escrito el poema.

En poco tiempo, Phillis Wheatley había escrito suficientes poemas como para llenar un libro. Sin embargo, ninguna editorial estadounidense aceptaría un manuscrito escrito por una esclava. Los dueños de Phillis llevaron el manuscrito a Londres, donde fue publicado junto con otras de sus obras posteriores. Entre los admiradores de esta joven esclava del Senegal se hallaba nada más y nada menos que el General George Washington, quien se convirtió después en el primer Presidente de los Estados Unidos.

Su carrera de escritora finalizó cuando murieron John y Susanna Wheatley, y Phillis fue liberada para casarse con un almacenero negro libre, llamado John Peters. Phillis pasó el resto de su vida trabajando como empleada doméstica y murió en la pobreza en diciembre de 1784.

En honor a este día, permítaseme concluir con el único poema que escribió la Srta. Wheatley sobre su captura como esclava. Se titula simplemente *On Being Brought from Africa to America* y dice lo siguiente:

“Fue la misericordia que llegó a mí desde mi tierra pagana, que le enseñó a mi alma ignorante a comprender que hay un Dios, y que también hay un Salvador.

Otrora yo no busqué ni conocí la redención.

Algunos miran nuestra raza de azabache con ojos de desprecio —‘Su color es un tinte diabólico’.

Recuerden, cristianos, los negros despreciados como Caín, pueden ser refinados y abordar el tren angelical.”

Por último, en nombre del Grupo de Estados de África, permítaseme dar las gracias a nuestros hermanos y hermanas de las naciones del Caribe por haber hecho posible que tuviera lugar esta celebración, a fin de que no podamos olvidar jamás. Hoy afirmamos, haciéndonos eco de las palabras de Phillis Wheatley, que, de hecho, somos refinados y hemos abordado el tren angelical en un viaje hacia el logro de una vida mejor para todos.

**El Presidente interino** (*habla en inglés*): Tiene la palabra el Representante Permanente de Myanmar, quien hablará en nombre del Grupo de Estados de Asia.

**Sr. Swe** (Myanmar) (*habla en inglés*): Tengo el honor de hablar en nombre del Grupo de Estados de Asia en esta ocasión histórica. El Grupo de Estados de Asia se suma a los demás oradores para rendir homenaje a África, a los africanos y a sus descendientes en el Caribe y en las Américas, por su triunfante lucha contra la esclavitud, al celebrar este día especial de conmemoración del bicentenario de la abolición de la trata transatlántica de esclavos.

Su historia es una historia que devela uno de los períodos más horribles de la historia de la humanidad. Es también la historia de la resistencia, el valor y la supervivencia humanas. Durante casi cinco siglos, millones de africanos —hombres, mujeres y niños— fueron transformados en cargamentos humanos, transportados a través del Atlántico y obligados a trabajar en condiciones inhumanas de horror, privaciones y violencia. Fueron capturados en guerras e incursiones, vendidos de un comerciante a otro,

encarcelados en fuertes y cargados en barcos que los llevaron a través del Atlántico. Muchos perecieron en esa infame travesía del Atlántico. A su llegada al nuevo mundo, los sobrevivientes fueron llevados a campamentos donde fueron torturados hasta obtener su obediencia. Trabajaron en plantaciones y otros lugares en crueles condiciones de trabajo. Sin conocer nada más que el arduo trabajo y los tratos inhumanos, muchos murieron sin volver a ver su patria o a sus familiares.

La trata de esclavos destruyó no sólo a las personas que fueron esclavizadas, sino también las frágiles economías y sociedades locales africanas al despojarlas de un sector productivo. El oscuro capítulo de historia inhumana llegó a su fin en 1807, cuando el Parlamento británico aprobó la Ley para la abolición de la trata de esclavos. Ello representó también el inicio de la lucha que duró 200 años por el reconocimiento, el desagravio y el derecho a ser libres de la discriminación que quedó en las sociedades como consecuencia de 500 años de esclavitud.

Si bien han tenido que transcurrir 200 años para que conmemoráramos ese histórico día, las Naciones Unidas y la comunidad mundial han avanzado considerablemente en los últimos años al abordar las repercusiones negativas de la esclavitud. En 1948, en el artículo 1 de la Declaración Universal de Derechos Humanos, se reafirmó que “Todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y derechos”, mientras que en el artículo 4 se estipula que “Nadie estará sometido a esclavitud ni a servidumbre; la esclavitud y la trata de esclavos están prohibidas en todas sus formas”.

Debemos tener presente que ahora tenemos nuevas formas de esclavitud. En la Declaración de Durban de 2001 —resultado de la Conferencia Mundial contra el Racismo, la Discriminación Racial, la Xenofobia y las Formas Conexas de Intolerancia, celebrada en Sudáfrica— se reconoció que la esclavitud y la trata de esclavos constituyen crímenes de lesa humanidad. En la resolución 31 C/28 de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura se proclamó 2004 el Año Internacional de Conmemoración de la Lucha contra la Esclavitud y de su Abolición. La resolución 61/19 de la Asamblea General constituyó otro hito puesto que en ella se conmemora el bicentenario de la abolición de la trata transatlántica de esclavos.

No podemos cambiar el pasado, pero podemos configurar el futuro. Debemos velar por que las generaciones venideras conozcan la verdad, actúen sobre la base de las lecciones aprendidas y continúen velando por que ningún ser humano corra la misma suerte, ya que, como dije anteriormente, ahora estamos viendo nuevas formas de esclavitud.

Al sumarse a esta ceremonia conmemorativa, el Grupo de Estados de Asia rinde homenaje a los pueblos de África y a sus descendientes por su heroica lucha en aras de la libertad y el honor. Rendimos homenaje y recordamos a los que murieron a causa del brutal sistema y a los que sacrificaron su vida en la lucha por la libertad, y los recordamos. Rendimos homenaje también a los descendientes de los africanos, que, con orgullo, amor a su pueblo, resistencia y valor, no sólo sobrevivieron a sus suplicios, sino que ahora construyen sociedades que son ricas por su singular patrimonio cultural.

Deseamos también rendir homenaje a los pueblos caribeños, los Estados miembros del Grupo de Estados del Caribe, que han hecho posible la reunión de hoy.

Por último, que este día de conmemoración nos recuerde que, por motivos de razón y de conciencia, no debemos permitir que se repita la historia en ninguna forma o manifestación.

**El Presidente interino** (*habla en inglés*): Doy la palabra al representante de Georgia, quien hablará en nombre del Grupo de Estados de Europa Oriental.

**Sr. Alasania** (Georgia) (*habla en inglés*): En nombre del Grupo de Estados de Europa Oriental, es un honor para mí dirigirme a esta sesión extraordinaria de la Asamblea General dedicada al bicentenario de la abolición de la trata transatlántica de esclavos.

La primavera de 1807, hace 200 años, representó el comienzo de una nueva época y de un nuevo orden internacional. Como resultado de la sabiduría y la humanidad de destacados estadistas del Reino Unido y de los Estados Unidos y su reconocimiento de los valores universales, se aprobó la legislación que abolía la trata de esclavos, que, sin duda, es una de las peores violaciones de los derechos humanos. En este aniversario debemos rendir homenaje a los que perdieron la vida como resultado de la esclavitud y de las prácticas conexas y reconocer que su legado —la trata de seres humanos y otras formas modernas de esclavitud, racismo, xenofobia e intolerancia—

continúa afectando a personas de diferentes orígenes raciales en todos los continentes.

Lamentablemente, pese a la abolición de la trata de esclavos, algunas de sus formas modificadas aún existen en la actualidad. Si bien ya no es lícito que se comercie con personas como si se tratase de bienes, la pobreza hace que millones de personas aún se vean obligadas a trabajar y vivir en condiciones similares a la esclavitud. Pese a los esfuerzos de la comunidad internacional para luchar contra la esclavitud, las formas actuales de ese flagelo, desde el trabajo forzado a la trata de seres humanos, siguen floreciendo. La demanda actual de esclavos, el enjuiciamiento ineficaz de los delincuentes y la protección inadecuada de los derechos laborales también contribuyen al crecimiento de la esclavitud moderna. Además, casi todos los continentes se ven afectados por conflictos armados, que constituyen una fuente más de sufrimiento, incluidas la muerte, la destrucción y la utilización de niños en los conflictos armados.

Cuando las personas enfrentan problemas para obtener alimentos, vivienda y educación adecuados, se convierten en víctimas de una nueva forma de esclavitud. Debido al fracaso a la hora de paliar la pobreza, eliminar la demanda de esclavos modernos, defender los derechos humanos de todos y ocuparse de manera eficaz de la impunidad, las posibles víctimas son incapaces de protegerse contra la explotación y el abuso. En la mayoría de los casos, nuestros esfuerzos no son suficientes. Pese a todos los logros, aún nos queda mucho por hacer conjuntamente.

Quisiera concluir mi declaración con las palabras del Dr. Martin Luther King, Jr., quien dijo que la esperanza en un mundo seguro y donde se pueda vivir está en manos de las personas no conformistas y disciplinadas que se dedican a la justicia, la paz y la hermandad. También dijo que nuestra vida llega al principio de su fin el día que dejamos de hablar de lo que es realmente importante. Creo que, de consuno, podemos poner fin a la desesperación y construir un mundo con las mismas oportunidades para todos.

**Sr. Mérorès (Haití) (habla en francés):** En mi calidad de Presidente del Grupo de Estados de América Latina y el Caribe, tengo el honor de sumarme a los jefes de las delegaciones y a otros oradores que han acudido a las Naciones Unidas —promotoras de los derechos humanos— para conmemorar el bicentenario de la abolición de la trata transatlántica de esclavos. Al

hacerlo, estamos rindiendo homenaje a los millones de hijos e hijas de África que perecieron en la travesía.

La trata de esclavos constituye uno de los capítulos más trágicos y bárbaros de la historia de la humanidad. África, como América, llevará marcadas las cicatrices de la esclavitud durante mucho tiempo. Mientras la oscuridad de la trata de esclavos triunfó durante muchos siglos, las atrocidades indescriptibles de esa aberración de la historia envilecían a los que la cometían y deshumanizaban a los que la sufrían. Por lo tanto, debemos condenar firme y vehemente esos actos humillantes y racistas y devolver la dignidad a las víctimas y a sus descendientes.

La resolución 61/19, de 28 de noviembre de 2006, en la cual la Asamblea General designó el 25 de marzo de 2007 Día internacional de celebración del bicentenario de la abolición de la trata transatlántica de esclavos y decidió celebrarlo hoy, reflejó una vez más los esfuerzos de la Organización por reconocer que la esclavitud y la trata de esclavos constituyen crímenes de lesa humanidad. Hoy los Estados miembros de la Comunidad del Caribe, que han sido los más fervientes promotores de este acontecimiento, merecen nuestro encomio y gratitud.

El Grupo de Estados de América Latina y el Caribe acoge con satisfacción todas las medidas pertinentes de la comunidad internacional, en particular los resultados de la Conferencia de Durban, celebrada en 2001, y la proclamación por la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura de 2004 como Año Internacional de Conmemoración de la Lucha contra la Esclavitud y de su Abolición. Sin duda, se trata de instrumentos indispensables, basados en el consenso, en la lucha por garantizar el triunfo de los ideales de libertad, justicia y respeto de los derechos inalienables de los seres humanos. La lucha contra la esclavitud en todas sus nuevas formas es un camino sin fin que se extiende ante nosotros. Se trata de una lucha a largo plazo al final de la cual lograremos el principal objetivo del advenimiento de un mundo mejor, más justo y más equitativo. Se trata de una lucha que debe ser universal.

En el siglo XIX, los pioneros de la libertad —quienes, dicho sea de paso, surgieron de la trata transatlántica de esclavos— se erigieron en abanderados de la defensa de los sagrados derechos humanos y rompieron el infame yugo de la esclavitud.



En toda América —en particular en 1804 en Santo Domingo, que luego se convertiría en Haití— tras la primera revolución contra el colonialismo y la esclavitud, esos hombres —incluidos Touissant-Louverture, Jean-Jacques Dessalines, Alexandre Pétion, Henri Christophe y otros— labraron los caminos de la gloria y dejaron a la humanidad el legado de los valores universales de libertad, igualdad y fraternidad. Esos valores florecieron y se expandieron al extranjero como chispas de luz. Introdujeron una nueva conciencia en el mundo e inspiraron a libertadores tan heroicos como Francisco de Miranda, Simón Bolívar y José Martí.

Los iluminados, humanistas y filántropos de todo el mundo que, por medio de sus acciones o sus escritos, abrazaron y defendieron esta noble causa del respeto de la dignidad humana —en particular William Wilberforce, Kaplan, Victor Schoelcher, Victor Hugo, John Brown, Frederick Douglass y otros— merecen la admiración de la humanidad y nuestra gratitud.

A comienzos del siglo XXI tenemos la obligación de recordar, para que el mundo nunca experimente otra vez esta forma abominable de deshumanización y para que ésta no se perpetúe adoptando otras formas que podríamos llamar esclavitud moderna. Según las Naciones Unidas, en todos los continentes donde aún existe el trabajo forzado, más de 20 millones de personas son víctimas de él. A esto debemos añadir la miseria extrema en la que se consumen muchos seres humanos como nosotros. Esa pobreza es una muestra directa de las desigualdades sociales de nuestro mundo y de un desarrollo retrasado por siglos de pobreza, colonialismo y derroche de recursos.

Hoy, 26 de marzo de 2007, lejos de ser la conmemoración del fin de la lucha, debería ser el momento oportuno para reflexionar conjuntamente sobre cuán lejos hemos llegado, cuánta distancia nos queda por recorrer, los desafíos que debemos superar y las medidas correctivas que debemos adoptar para que nuestra victoria final sobre la esclavitud, sus diferentes formas y sus efectos posteriores puedan convertirse en una realidad. En nombre del Grupo de Estados de América Latina y el Caribe, quisiera hacer un llamamiento a todos para aunar nuestros esfuerzos por devolver a la humanidad toda su dignidad.

**El Presidente interino** (*habla en inglés*): Doy la palabra a la representante de Nueva Zelanda, que

hablará en nombre del Grupo de Estados de Europa Occidental y otros Estados.

**Sra. Banks** (Nueva Zelanda) (*habla en inglés*): Hoy tengo el honor de hablar en nombre del Grupo de Estados de Europa Occidental y otros Estados con ocasión de la celebración del bicentenario de la abolición de la trata transatlántica de esclavos. Quisiera dar las gracias a la Presidenta por haber organizado este importante acontecimiento y manifestar nuestro profundo agradecimiento al grupo de representantes permanentes de la Comunidad del Caribe por haber encabezado la iniciativa tendiente a que la Asamblea aprobara una resolución conmemorativa.

Ya han transcurrido más de 200 años desde que, el 7 de marzo de 1807, el Presidente Thomas Jefferson de los Estados Unidos firmó la legislación para abolir la trata transatlántica de esclavos. El 25 de marzo de 1807 el Parlamento británico promulgó legislación por la que se prohibía la trata de esclavos en todo el Imperio Británico. Esas medidas históricas significaron el principio del fin de uno de los atentados más prolongados y sostenidos contra la dignidad y la valía del ser humano que se haya registrado en la historia.

Hoy nos reunimos para recordar el enorme costo humano de la trata transatlántica de esclavos, debido a la cual más de 12 millones de personas —la mayoría trasladadas del África occidental a las Américas— sufrieron la práctica brutal e inhumana de la esclavitud. Además tuvieron que sufrir la infame travesía del Atlántico, que según datos históricos, cobró la vida de casi el 18% de quienes hicieron ese trayecto.

Como Estados Miembros de las Naciones Unidas que se han comprometido solemnemente a reafirmar la fe en los derechos humanos fundamentales y en la dignidad y la valía del ser humano, nunca debemos olvidar la realidad y las consecuencias trágicas de la esclavitud. Recordamos el pasado, incluso sus capítulos más oscuros, para reconocer un sufrimiento y una experiencia humanos que forman parte inherente de la textura del mundo actual. También recordamos el pasado para evitar que se repita.

Lamentablemente, no se han desterrado todas las sombras de la esclavitud. Incluso hoy, millones de seres humanos están sujetos a prácticas comprendidas en la definición de esclavitud según las Naciones Unidas. La esclavitud sexual, la esclavitud de la deuda y la participación forzosa de los niños en los conflictos

armados son algunos de los múltiples ejemplos de prácticas que recuerdan los oscuros tiempos de siglos atrás. Como Estados Miembros de esta institución, no debemos bajar la guardia y debemos combatir todas las formas modernas de esclavitud humana.

Hoy nos detenemos a reflexionar sobre el sufrimiento de quienes padecieron la esclavitud y a honrar a todos los que ayudaron a ponerle fin. De esas lecciones del pasado, quedémonos con la sensatez que ha de regir nuestro comportamiento futuro.

**El Presidente interino** (*habla en inglés*): Doy ahora la palabra al representante del Reino Unido.

**Sir Emyr Jones Parry** (Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda del Norte) (*habla en inglés*): Hoy es momento de reflexionar sobre las acciones del pasado. Hoy recordamos a millones de personas que sufrieron. Doce millones de africanos fueron embarcados en buques de esclavos que los llevarían al nuevo mundo para someterlos a trabajos forzados y a la explotación. Tres millones murieron en el camino durante los horrores de esa travesía. Todo un continente quedó desgarrado. Son actos que van en contra de toda noción de humanidad, actos que nos han dejado marcada la conciencia a todos.

Hoy también es una oportunidad para conmemorar a los muchos que lucharon por abolir la brutal trata transatlántica de esclavos. Fueron, entre otros, parlamentarios, esclavos y antiguos esclavos, pero también incontables hombres y mujeres corrientes de todos los sectores de la sociedad. Sus acciones generaron un cambio social que iba a ser el fundamento de las sociedades abiertas, tolerantes e incluyentes. Tenemos una deuda inestimable con ellos por haber encabezado la incansable campaña por hacer valer esos derechos humanos básicos.

Ayer se conmemoraron 200 años desde que el Parlamento británico aprobó la histórica Ley para la abolición de la trata de esclavos, de 1807, fruto de una campaña de 18 años del parlamentario británico William Wilberforce. Veinticinco años después se promulgó la Ley sobre la abolición de la esclavitud, que por fin dio la libertad a todos los esclavos del entonces Imperio Británico. Como ha dicho el Primer Ministro Blair,

“Este bicentenario nos brinda la oportunidad no sólo de manifestar hasta qué punto fue vergonzosa la trata de esclavos —hasta qué punto

condenamos categóricamente su existencia y encomiamos a quienes lucharon por abolirla— sino también de expresar nuestro profundo pesar por el hecho de que llegó a ocurrir, de que pudo llegar a ocurrir, y alegrarnos de que ahora vivimos en tiempos diferentes y mejores”.

Mañana, en la Abadía de Westminster de Londres, se celebrará un oficio religioso nacional en presencia de Su Majestad la Reina para conmemorar el bicentenario de la abolición de la trata de esclavos. Asistirán representantes de muchos de los países más afectados por la trata de esclavos. Ese oficio religioso es uno de los acontecimientos que el Reino Unido, en colaboración con otros países, ha previsto celebrar a lo largo de 2007 en todo el mundo para conmemorar la abolición. Celebramos la oportunidad que ofrece esa conmemoración de compartir nuestras historias y aprender de la experiencia de los demás.

El Reino Unido da las gracias a los miembros del Grupo de Estados del Caribe por su iniciativa de presentar la resolución que la Asamblea General aprobó el año pasado en la que se previó la celebración de hoy. Fue un honor sumarnos como patrocinadores de esa resolución, ya que tenemos el deber de garantizar que jamás se olviden los horrores de la trata transatlántica de esclavos.

Mientras estamos aquí reunidos esta mañana, en la Cámara de los Lores del Reino Unido se está poniendo en marcha oficialmente la Iniciativa Mundial de las Naciones Unidas para Luchar contra la Trata de Seres Humanos y la Esclavitud Moderna, porque la celebración de hoy también debe servir para recordarnos cómo, 200 años después, todavía queda mucho más por hacer para abolir las formas de esclavitud que subsisten hoy en día en muchas partes del mundo. Para eliminar el trabajo en condiciones de servidumbre, el reclutamiento forzoso de niños soldados y la trata de seres humanos, hoy hace falta el mismo compromiso y determinación que demostraron los abolicionistas hace 200 años. Sin embargo, es preciso que ese compromiso se asuma a escala mundial y con la determinación de toda la comunidad internacional.

En 1937, William Prescott, que había sido esclavo, dijo:

“Recordarán que fuimos vendidos, pero no que fuimos fuertes. Recordarán que fuimos comprados, pero no que fuimos valientes”.

Hoy debemos demostrar que esas palabras eran equivocadas. Jamás debemos olvidar su fuerza ni su valentía. Debemos recordar esa esclavitud y honrar su memoria. Al hacerlo, debemos comprometernos a velar por que ningún hombre, mujer o niño esté sujeto a la barbarie de la esclavitud moderna.

**El Presidente interino** (*habla en inglés*): Doy ahora la palabra al representante de los Estados Unidos, quien intervendrá en calidad de representante del país anfitrión.

**Sr. Miller** (Estados Unidos de América) (*habla en inglés*): Aquí, en las Naciones Unidas, con demasiada frecuencia debemos ocuparnos en forma conjunta de tragedias e injusticias que ocurren en todo el mundo. Sólo en muy raras ocasiones nos reunimos para celebrar y reconocer un logro. Hoy estamos aquí para conmemorar y celebrar el final de uno de los capítulos más oscuros de la historia de la humanidad.

Durante más de tres siglos, la trata transatlántica de esclavos mancilló un continente y un pueblo. Hoy nos reunimos aquí para honrar y recordar a sus víctimas, los millones de desconocidos que sufrieron, murieron y ahora han quedado olvidados en la historia. Jamás podemos permitir que se olvide su tragedia.

También nos reunimos hoy para honrar y alabar a las valientes personas que arriesgaron su vida y su fortuna para poner fin a este bárbaro comercio, personas que estuvieron dispuestas a colocar los valores morales por encima del lucro personal y que proyectaron una luz deslumbrante e implacable sobre el abismo moral de la trata transatlántica de esclavos.

La lucha de la humanidad es una lucha contra el pecado y la injusticia. Con demasiada frecuencia fracasamos en esa lucha. Cuando tenemos éxito, es sumamente importante que celebremos nuestras victorias personales y colectivas. El año 1807 fue un momento —en realidad la culminación de una era, en que los hombres y mujeres reconocieron la perversidad que los rodeaba y dijeron “Esto no puede continuar”.

Las voces de las víctimas de la trata transatlántica de esclavos, y las de aquellos que pusieron fin a esa práctica, aún resuenan en nuestros días y sus acciones establecen un precedente que no debe pasarse por alto. En 2007, encaramos nuestros propios desafíos morales, que no difieren mucho de los que enfrentaron nuestros ancestros. Doscientos años después de la abolición de la trata transatlántica de esclavos, la esclavitud y la

trata de seres humanos perduran en muchas formas y en muchos lugares del mundo. En este preciso momento se estima que 12,3 millones de personas están esclavizadas sometidos a la esclavitud, realizando trabajos forzados u obligatorios o sujetas a la servidumbre sexual. La compra y venta de seres humanos no fue una práctica aceptable, tampoco lo es actualmente y no puede aceptarse nunca.

En cualquier parte en que un hombre o una mujer sufran violencia, privaciones o injusticia, compartimos la tragedia y la responsabilidad. En ningún lugar es esto más claro que en esta institución, las Naciones Unidas, que están dedicadas al bienestar de todos los pueblos del mundo. No podemos pregonar el despertar de la conciencia del siglo XIX y olvidar a las trágicas víctimas del siglo XXI. De manera que, a la vez que es correcto celebrar el aniversario de este histórico acontecimiento, como pueblos y naciones civilizadas aún tenemos mucho por hacer.

Cuando las futuras generaciones miren hacia atrás, a los inicios del siglo XXI, espero que lo hagan con orgullo. Espero que, al igual que aquellos cuya memoria honramos hoy, seamos recordados como personas que defendieron lo que era justo y que hicieron todo lo que estaba a su alcance para luchar contra la maldad y la injusticia.

**El Presidente interino** (*habla en inglés*): Antes de seguir adelante, deseo consultar a los Estados Miembros acerca de la invitación al Sr. Rex Nettleford, Profesor y Vicerrector Emérito de la Universidad de las Indias Occidentales, de Jamaica, a pronunciar un discurso con motivo de esta conmemoración.

De no haber objeciones, ¿puedo considerar que, sin que ello sienta un precedente, la Asamblea General desea invitar al Sr. Rex Nettleford, Profesor y Vicerrector Emérito de la Universidad de las Indias Occidentales, de Jamaica, a formular una declaración en esta sesión conmemorativa extraordinaria?

*Así queda acordado.*

**El Presidente interino** (*habla en inglés*): De conformidad con la decisión que acabamos de adoptar, tiene la palabra el Sr. Rex Nettleford, Profesor y Vicerrector Emérito de la Universidad de las Indias Occidentales, de Jamaica.

**Sr. Nettleford** (*habla en inglés*): Vengo de esa región de las Américas, conocida como el Caribe, que es, sin duda, un laboratorio viviente de la dinámica de

los encuentros entre África y Europa en suelo extranjero, así como del encuentro de ambas con los nativos americanos que desde tiempos inmemoriales han habitado las Américas, en tiempos en que la conquista y la deshumanización se mezclaron con los lógicos procesos de lucha y resistencia. A esos efectos, el noreste del Brasil, con su icónico centro en Bahía, Nueva Orleans, y todo el litoral oriental de América del Norte, conocida como la América de las plantaciones, junto con las islas del Caribe, constituyen una zona geocultural que alberga a una civilización que posee su propia lógica y cohesión internas.

El hecho de que los últimos embarques de esclavos hayan arribado al Caribe cuando ya se habían tenido lugar, primero, la abolición de la trata de esclavos africanos y luego, la abolición de la propia esclavitud, no les salvó de sufrir la explotación laboral. Los que llegaron en ese período no se incorporaron como hombres y mujeres libres a una sociedad que, para ese entonces, encerraba la promesa de la dignidad y la cortesía de los seres humanos, o incluso de una sociedad humana en el sentido pleno de la palabra. Esa sociedad adquirió sus rasgos distintivos del papel catalizador de la Presencia Africana —con P y A mayúsculas— en la formación social dentro de un universo psíquico que, en buena medida, ha estado sumido en el silencio subterráneo y submarino, por mezclar una metáfora.

Las metáforas mixtas son, en todo caso, máscaras que ocultan los verdaderos rostros, decibeles audibles que esconden o silencian, botones para imponer ese amenazante silencio que Jimmy Cliff, famoso cantante y talentoso letrista del reggae, describió de manera muy característica al decir:

“Robaron mi historia  
Destruyeron mi cultura  
Cortaron mi lengua  
Para que no pudiera hablar  
Entonces mediaron  
Y separaron  
Ocultaron toda mi forma de vivir  
Para que me odiara a mí mismo.”

Lo que debemos hacer nosotros, quienes integramos la Comunidad del Caribe (CARICOM), es ocuparnos de romper el silencio —ese segundo acto más poderoso de opresión que la Presencia Africana en las Américas ha sufrido en los últimos 500 años, un acto que sólo cede ante la Ruta del Esclavo, tema que

la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO) tan atinadamente ha incluido entre los temas de interés de su programa— decidida a que las acciones sean consecuentes con las intenciones por medio de esfuerzos tales como esta asamblea extraordinaria del órgano principal. Esas son las acciones que definen el viaje de aquellos que, arrancados de la patria de sus ancestros, sufrieron el exilio en plantaciones, pero sobrevivieron y siguen luchando más allá de la supervivencia.

El empeño por mostrar a la humanidad la verdad de lo ocurrido en los últimos 500 años forma parte del ejercicio. Es una forma de acción social coordinada y una manera eficaz de hacer frente a lo que, sin duda, ha sido el mayor flagelo de la vida moderna. Me refiero a aquello que pudo muy bien haber sido la culminación de aproximadamente cuatro siglos de atrocidades perpetradas en nombre de las ganancias materiales, alentadas por la codicia y la sed de poder, muchas veces bajo el disfraz de quien lleva a cabo una misión civilizadora divinamente consagrada e incluso, en los primeros tiempos, con la bendición de un edicto papal.

La lucha por los territorios desató guerras y rumores de guerra que se iniciaron con la ocupación de las tierras recientemente “descubiertas”, unas tierras que todos sabemos estaban allí antes de que el genovés errante y sus maleantes sucesores, portando bulas papales, reivindicaran las Américas. Las luchas continuaron con la esclavización de millones, que fueron arrancados de sus tierras ancestrales y transportados en masa a través del Atlántico.

A esto le siguió la deshumanización sistemática de una mano de obra horrendamente explotada en la producción de materias primas para lucro comercial, así como el condicionamiento psicológico de millones de personas a condiciones de desprecio por sí mismas, agravado por un racismo impercedero y una rígida diferenciación de clases subyacente, que culminó en violaciones habituales de los derechos humanos. Estas no son sino algunas de las máculas de la historia humana que nos han dejado a todos un patrimonio muy preocupante en el contexto del periplo de la humanidad hacia el siglo XXI.

No obstante, hay otros patrimonios, relegados al silencio, pero que con un desafío terco testimonian, a menudo mediante el patrimonio intangible de la comunicación no verbal, la invencibilidad del espíritu

humano contra todo pronóstico; la capacidad de la mente humana de ejercer su intelecto y su imaginación de manera creativa para el fomento del conocimiento humano y la sensibilidad estética; el refinamiento de ideas sobre los derechos individuales y la libertad colectiva, lo que dio pie a la sociedad civil y a la gestión democrática; y la exploración del proceso de aprendizaje, para generar en los seres humanos niveles de tolerancia más altos a la hora de tratar unos con otros, manifestados en el respeto mutuo, la dignidad humana y una actitud humanitaria y compasiva, a pesar de las tentaciones de optar por el egoísmo, el disimulo e incluso grandes dosis de mezquindad, evidentes entre los que son como nosotros.

En la contribución de la presencia africana a todo esto no hay ni orgullo desmedido ni rencor. Merece una aseveración enérgica, fundada, por supuesto, en una investigación meticulosa, un análisis crítico y una divulgación programada y decidida, todo lo cual forma parte de la misión del proyecto La Ruta del Esclavo de la UNESCO.

Porque todos los que habitamos en las Américas somos criaturas de ese formidable proceso de “transformarnos” en consecuentes sobre los encuentros históricos entre diversas culturas de ambos lados del Atlántico, en circunstancias que, por todas sus manifestaciones negativas, han forjado la tolerancia a partir del odio y el recelo, la unidad dentro de la diversidad y la paz a partir del conflicto y la hostilidad. La lucha que están librando quienes buscan el reconocimiento y el status en términos humanos exige a todos los que tienen el don del saber y la perspicacia que se comprometan a lograr que toda la humanidad siga desarrollándose. Porque el amor a la vida es, sin duda, más fuerte que la guerra, la cual deshumaniza, humilla y destruye. La presencia africana en la Ruta sigue siendo testimonio de quienes ya no están, de quienes están vivos y de quienes todavía no han nacido: un canto festivo a una filosofía de la vida y de la esperanza en la desesperación que ha permitido sobrevivir y llegar mucho más allá, desafiando la trata transatlántica de esclavos y la esclavitud.

Lo que hemos aprendido de la historia nos ha permitido conocernos de manera más profunda en el proceso de intercambio fecundo, que es el gran arte de la “transformación” de la humanidad a partir del dinamismo de la sintetización de contradicciones. Porque ésta ha sido la historia de África en las Américas en el último medio milenio. Esto, desde

tiempos antiguos hasta la actualidad —no vaya a ser que lo olvidemos— es fuente y contenido de grandes obras de la literatura y el arte y de grandes estructuras sociales, de sólidos crisoles de la comprensión humana y de grandes logros intelectuales de la ciencia y las humanidades. Todo esto ha ocurrido a lo largo de la Ruta del Esclavo de la que hablamos, y ha ocurrido a pesar de la terca persistencia de las normas de representación, que decretan la denigración de todo lo africano, así como un racismo debilitador contra todos los que llevan la “mancilla” de África en sus venas.

Por si acaso lo fuéramos a olvidar, esa presencia —esa presencia africana— influyó en el pedigrí ancestral de la antigua Grecia y la antigua Roma, de la que la civilización occidental se apropió para su historia con fervor monopolístico. En esa civilización de encrucijada mediterránea, los tesoros del fecundo intercambio dieron a la humanidad el tipo de energía creativa que garantizaba la capacidad de la humanidad para vivir, morir y volver a vivir. Dentro de la memoria histórica, vemos de nuevo cómo esa presencia actuó como catalizadora en la península ibérica, cuando la polinización mutua de culturas —incluida la africana— dio pie a una expansividad del pensamiento que desembocó en el llamado descubrimiento de las Américas y nuestro propio florecimiento, hasta hoy, en la fuente vital de energía de la “encrucijada” que este hemisferio ha sido para la humanidad moderna.

Las Américas esclavizadas y colonizadas proporcionaron, por así decirlo, un nuevo escenario de experimentación de la explotación humana —hay que reconocerlo— pero fue la relegación de multitud de personas al margen del silencio lo que empobrecería las Américas más de lo que probablemente hubieran sido. No obstante, gracias a la resistencia de los que iban a ser silenciados, la vitalidad y la energía del hemisferio iban a salir beneficiadas. Ni la expulsión física total ni la depuración étnica fueron posibles —puesto que ninguno de esos dos modos de liquidación hubiera sido rentable para los propietarios de los esclavos ni para los dueños metropolitanos— y, por ello, la presencia africana sigue influyendo allí donde más importa, en las esferas imperecederas de la lengua, la religión, las manifestaciones artísticas e incluso las pautas de parentesco, así como en las esferas de la ontología y la cosmología, arraigadas en la diversidad creativa que ahora es la realidad mundial del tercer milenio y, de hecho, ha sido la realidad vivida del Caribe y del resto

de las Américas, de las que, por supuesto, el Caribe es parte integrante e icónica.

Es algo que invita a la comprensión y el reconocimiento de los países de la Europa moderna, que han sido colonizados a la inversa, y su extensión, la América del Norte blanca, en la que la homogeneidad se ha considerado virtud entre las estructuras de poder, pero ahora se ve amenazada por la heterogeneidad después de que se rompieran las fronteras geográficas, con la llegada de multitudes de inmigrantes de colores diferentes, así como una sensibilidad tejida a través de las esferas galácticas. Sin embargo, desgraciadamente el legado de la esclavitud y su fertilización de una trata de mano de obra africana continúan.

Estoy de acuerdo con la noción de que llega un momento en el que el pasado deja de ser coartada y, al final del siglo XX, sin duda habíamos llegado a ese momento. No obstante, con lo que no puedo estar de acuerdo es con el envoltorio de elementos críticos como la brutalidad de la trata de esclavos africanos en un silencio que denegaría a multitud de personas la máxima participación posible en todo discurso por el que se intentara definir, determinar y delinear el destino de esa multitud de personas, que durante mucho tiempo han estado relegadas a condiciones de humillación, posible desesperación física y despersonificación. Quienes osen hacer caso omiso de su historia están condenados a repetirla. El proyecto La Ruta del Esclavo, de la UNESCO, al tratar de evitarlo, está claramente concebido para determinar todas las profundas fuerzas sociales y culturales que han logrado conspirar para evitar que se repita, al menos en la escala del pasado, o que se niegue a la historia y a personas como nosotros el largo recuerdo de ese pasado. De ahí el profundo compromiso caribeño de la CARICOM con las operaciones del proyecto La Ruta del Esclavo desde que se creó en 1994, que hoy continúa en su forma revitalizada y reestructurada. Esa visión es lo que ahora, por fortuna, nos trae aquí esta mañana para poner en entredicho la validez de esas obscenidades pasadas.

Hace tiempo que tengo razones para examinar la cuestión de dichas obscenidades, en el contexto de las responsabilidades de la diáspora africana, que ha ayudado a configurar de forma fundamental el continente americano, pero a la que todavía se le niega su valor histórico en el crecimiento y el desarrollo de este hemisferio y el resto del mundo.

La diáspora africana reclama reconocimiento y estatus en el nuevo orden que se conoce como globalización, el cual, desde el punto de vista del Caribe post-colonial y que ya no es esclavo, amenaza con ser un factor de desigualdad en vez de una oportunidad para dar el último impulso hacia la dignidad humana y la libertad individual en la práctica.

Tal dignidad y libertad en la práctica deben seguir figurando en el programa de las inquietudes y las acciones positivas con respecto a la diáspora africana en el nuevo milenio. El hecho de pasar de la teoría a programas de acción ventajosos para los millones de personas de la diáspora africana es un imperativo en sí mismo. De ahí la necesidad de incorporar los conceptos de vida social y de sentido positivo de la persona en estrategias integradas de desarrollo del nuevo mundo globalizado. El objetivo de la diáspora africana debe ser determinar la corriente, no limitarse a dejarse llevar por ella, dondequiera que nos lleve.

Por lo tanto, el desafío del siglo XXI para la diáspora africana es lograr que la nueva globalización se aleje de los obscenos hábitos heredados de la división racial del mundo entre los países ricos del Norte industrializado y los países pobres del Sur no caucásico —el mundo desarrollado y civilizado frente a los dos tercios del mundo subdesarrollado, el mal llamado tercer mundo. Ha llegado el momento de examinar si dicha tarea puede alcanzarse mejor por la manifestación de los logros que por el intelecto creativo y la imaginación creativa de la diáspora. Pero debe ayudar a sustituir el sistema de pensamiento cartesiano según el cual la muestra de emociones es la decadencia del pensamiento ante el sentimiento, con la realidad de la diáspora de que la creatividad auténtica y el rigor intelectual no se excluyen mutuamente y que el equilibrio entre ambos podría ser la esperanza de un mundo para el tercer milenio.

La abolición de la trata por todos los motivos —incluidos los esbozados en la fundamental obra *Capitalismo y esclavitud*, del intelectual caribeño Eric Williams— no podría más que favorecer la rehumanización de los descendientes de los millones de personas que fueron arrastrados de forma involuntaria y en condiciones inhumanas en la travesía del Atlántico desde el África occidental y el Congo. Como ya lo sabe la diáspora africana, la mente también puede ser un órgano apasionado.

Este es, posiblemente, un punto principal de los defensores de la reparación: no se trata sólo de dar 500 libras esterlinas por persona a los descendientes de los oprimidos, sino más bien de que los países que se han enriquecido gracias al infame delito de la trata de esclavos y la esclavitud realicen sólidas inversiones en el desarrollo de los recursos humanos de los países que han sufrido, preferiblemente a través de la educación y la preparación de los jóvenes, a fin de que puedan enfrentar el legado de un mundo que sigue siendo injusto. Sobre todo, que puedan entender su propia historia y llenar el vacío de conocimientos, que la representante de San Vicente y las Granadinas subrayó de forma tan elocuente en el debate de la Asamblea General celebrado en noviembre pasado. Según un conocido proverbio africano, “Hasta que los leones tengan sus propios historiadores, las historias de las cacerías las seguirán escribiendo los cazadores”.

A fin de superar el odio, la intolerancia, la discriminación, la arrogancia racial, la exclusividad de clases, la altivez intelectual y la denigración cultural, que constituyen el legado de ese terrible pasado, la diáspora africana deberá seguir adelante con sus estrategias obsoletas de desmarginación, intensificando su trabajo creativo en la expansión de la comunicación al servicio de la humanidad. El kweyol del Caribe, el sranan tongo de Suriname y el talk de Jamaica, todos se dirigen de forma legítima a la realidad de la diáspora africana y ayudan a que una voz sustituya al silencio impuesto de la opresión. La elección del creador —ya sea el Jah de los rastafaris, las versiones pentecostales de Jesús, las versiones afroamericanas de Mahoma y del islam, los Orishás de la santería de Cuba, el Candomblé del Brasil, el Shangó de Trinidad o el Oggun del vudú haitiano— debe insistir en la legitimidad acordada con el cristianismo y otras ortodoxias a fin de que el ecumenismo que ha obligado el ritual de disculpa de Roma hacia el judaísmo y que ha hecho que el complejo religioso y cultural greco-judeo-cristiano haya reconocido la existencia del hinduismo, el budismo y el sintoísmo, las grandes religiones de Oriente. La heterogeneidad como principio rector de la organización humana es el marco deseado para la paz mundial, regional y local.

El don de entender la pluralidad y la intertextualidad de la existencia, si bien no es coto exclusivo de la diáspora africana, es su característica principal. El siglo XXI y el nuevo milenio podrían, gracias a la posibilidad de alcanzar un extremo u otro

del planeta de inmediato gracias a los medios electrónicos, beneficiarse enormemente de ese sentido y esa sensibilidad hasta el punto de hacer realidad las esperanzas de paz, seguridad y mejoramiento del capital social del milenio. ¿Puede el mundo, sin angustias, aceptarse a sí mismo como en parte esto, en parte aquello, en parte lo otro, pero como totalmente humano, sin que una de las partes intente dominar a las demás? La idea de que un caribeño sea en parte africano, en parte europeo, en parte asiático, en parte americano, pero totalmente caribeño sigue siendo un misterio para muchos en el Atlántico del Norte, que ha sido menoscabado por la dominación hegemónica ejercida sobre imperios y territorios lejanos durante 500 años, unido al hecho de que la trata de esclavos, la esclavitud y el colonialismo eran tolerados.

El hecho de entender plenamente la diversidad creativa de toda la humanidad es fuente de tolerancia, generosidad del espíritu, perdón y respeto por el otro, todo lo cual será necesario en el nuevo milenio si se espera que acoja a un mundo feliz en el que los seres humanos sean el centro del cosmos. Asimismo, la paciencia es necesaria para el desarrollo a escala humana contemplado por los grandes objetivos de las declaraciones de las Naciones Unidas. Esa paciencia es parte integral de los miembros de la diáspora africana, quienes han tenido que negociar su espacio con el paso del tiempo y hacerse un hueco en un campo de juego que nunca ha estado nivelado —no desde 1492, cuando Cristóbal Colón, a instancias de España, se perdió camino del Japón; no desde 1562, cuando John Hawkins, a instancias de Inglaterra, vendió unos sustitutos de animales de carga —africanos esclavos— en las Antillas españolas; no desde 1807, cuando una mezcla de interés capitalista y humanitario hizo que el Parlamento británico diera el primer paso para devolver la decencia a la vida humana y a los seres humanos.

Por ello, la diáspora africana cuenta con recursos más que suficientes para participar en el diálogo entre las civilizaciones, al haber plantado ella misma el germen de la civilización, como si contara con la bendición de la justicia punitiva. Después de todo, ese diálogo busca la paz, la tolerancia, la justicia, la libertad, el desarrollo sostenible, la confianza, el respeto y la comprensión humana, y no debe considerarse como una amenaza sino, por el contrario, como una garantía de la paz.

Sin embargo, aun cuando lo recomiende a nuestra diáspora africana y al mundo como la garantía de un futuro seguro e importante, la experiencia de años me remonta a las sabias palabras pronunciadas el 28 de febrero de 1968, que se han inmortalizado en la versión musical de Bob Marley irónicamente titulada “Guerra”, aun cuando anhela la paz:

“Hasta tanto no se desacredite y se abandone, a la larga y de forma permanente, la filosofía que sostiene que una raza es superior y que otra es inferior ...

Hasta tanto el color de la piel de un hombre no sea más importante que el color de sus ojos ...

Hasta tanto no se garanticen los derechos humanos en pie de igualdad a todos independientemente de la raza ...

Hasta ese día... los sueños de paz duradera, ciudadanía universal, imperio de la moral internacional, seguirán siendo una mera ilusión fugaz que se perseguirá pero jamás se alcanzará.”

Esas son las muchas limitaciones que han dejado la trata y la esclavitud. De hecho, todavía hay que cruzar muchos ríos para que podamos llegar todos al lado bueno de la historia, lejos de los horrores de la trata de esclavos y la esclavitud, así como de las horribles consecuencias que siguen plagando demasiado a la humanidad, privándonos a todos de la dignidad y amenazando a nuestra innata humanidad.

**El Presidente interino** (*habla en inglés*): En nombre de la Presidenta de la Asamblea General, deseo dar las gracias a todos los que han participado hoy en esta importante conmemoración. En particular, deseo dar las gracias al Primer Ministro, de Saint Kitts y Nevis, Sr. Denzil Douglas, por haber venido a Nueva York a hablar en nombre de la Comunidad del Caribe; a los Presidentes de los grupos regionales, por sus declaraciones elocuentes; a los representantes del Reino Unido y del país anfitrión; al orador principal, el Profesor Rex Nettleford; y, por supuesto, a los percussionistas africanos del grupo Sing Sing Rhythm, del Senegal, por su maravillosa actuación, que nos recordó la gran contribución que África ha dado al mundo.

Nuestra reunión de hoy es una confirmación de nuestro compromiso común de poner fin a la esclavitud en todas partes. Es una causa que todos podemos defender. En memoria a todos los que sufrieron bajo el

yugo de la esclavitud, debemos estar a la altura de los desafíos que afrontamos hoy, por el bienestar de toda la humanidad.

En sus formas modernas —como el trabajo en condiciones de servidumbre, el trabajo infantil y el reclutamiento forzoso de niños soldados— la indescriptible crueldad del pasado persiste hoy. Con esta conmemoración, espero que la comunidad internacional pueda reconocer las injusticias del pasado, y que ello también nos haga más decididos que nunca a poner fin a todas las manifestaciones modernas de esclavitud, en particular al flagelo de la trata de seres humanos.

Deseo ahora presentarles la actividad final de la conmemoración de hoy, un coro que reside en Nueva York, cuyos integrantes proceden de muchos países caribeños diferentes. Los integrantes del coro, Independence Choir, dirigido por Lloyd Chung, simbolizan la unidad y la humanidad de esta ciudad. Espero que la Asamblea disfrute de su actuación.

*La Asamblea escucha una interpretación musical.*

**El Presidente interino** (*habla en inglés*): Deseo dar las gracias al Independence Choir por su conmovedora interpretación.

La Asamblea General ha concluido así la conmemoración del bicentenario de la abolición de la trata transatlántica de esclavos.

¿Puedo entender que la Asamblea General decide concluir el examen del tema 155 del programa?

*Así queda acordado.*

### **Programa de trabajo**

**El Presidente interino** (*habla en inglés*): Deseo recordar a los miembros que, como se anunció en el *Diario* de hoy, inmediatamente después de que se levante esta sesión conmemorativa, la Asamblea General celebrará su 90ª sesión plenaria, para examinar un informe de la Quinta Comisión.

Permítaseme anunciar que se celebrará hoy a las 15.00 horas en el Salón del Consejo de Administración Fiduciaria una mesa redonda sobre el tema “La trata transatlántica de esclavos: la tragedia y el legado”.

*Se levanta la sesión a las 12.25 horas.*